

LA BANDA DE LOS COYOTES HAMBRIENTOS

Eduardo Villegas

El siguiente texto es un fragmento de la novela inédita *El Blues del Chavo Banda o Por los Caminos del Asfalto*, de Eduardo Villegas, quien nació en 1963 en México D.F. Villegas, habitante de Ciudad Netzahualcoyotl, es estudiante de la Facultad de Letras de la UNAM.

¿Caníbal es un tipo raro que come carne humana? Nel, cómo crees, al contrario, yo se las doy a comer. Porque yo no como ningún tipo de carne, yo nomás uso los bisteces para mis chairas. Oye, güey, ¿tú nunca te has hecho una chaqueta con un bistec? No, pues no sabes de lo que te has perdido.

Pues sincho, ya corté por lo sano con Los Coyotes Hambrientos. Es más, cuando dejé de juntarme con esa banda, pues todos esos batos chafearon. Nomás andan dando lástima. ¿Y sabes quién tiene la culpa? Pues el Idiota, que se anda portando como si fuera la mamá de los pollitos. Me cai que ni mi jefa es tan maricona como ese valedor.

Mira, a mí no me gusta pelearme de a deveras, paqué más que la verdad. Con los trompones en serlo siempre se me frunce el culo. Pero tuve que rifarmela con ese gandalla, porque, chales, ya no había quién lo aguantara. Siempre que hacíamos algo, luego luego te sacaba sus rollos, acá de niño bueno y santo. Y antes no era así. Todos eramos amantes del desmadre. ¿Qué, vamos a romperle el hocico a los charangueros? Pues vamos. ¿Qué, vamos a ratearnos unas

bicis? Pa luego es tarde, mi buen. ¿Qué, vamos a transearnos unos pollos rostizados? Pues sobres, ya en caliente ni se siente.

Eso sí era la onda de la banda. Todos jalábamos parejos. Auuu. Nomás nos acercábamos a las rosticerías. Auuu. Tres güeyes apañaban al vendedor y los demás a sacar los pollitos, las papas fritas, los chiles curados y a correr, porque la chota nos cala. Auuu. Esos eramos Los Coyotes Hambrientos.

La cosa comenzó a andar chueca desde que vivíamos en la casa del gallero. Sallamos de la tocada y luego luego a preparar la transa. Y después del atraco le llegábamos a esa choza. Era una casa bien chida. Amueblada y todo, pero que no vivía nadie ahí. Un culero me dijo que era una de tantas casas del gobernador y que sólo la ocupaba en navidad, cuando llegaba con todos sus cuates y un bonche de pirujas para que se la mamaran. Sepa si sería verdad. Nosotros le pusimos la casa del gallero, porque la primera noche que nos brincamos la barda y dormimos ahí, nos llevamos un buen susto. Al amanecer escuchamos un ruido y todos nos pusimos a sudar de las nachitas para abajo. Pensábamos que habían llegado los dueños. Pues asómate tú, pinche Neto, a ver quién es. Nel, güeyes, me vayan a meter un plumazo. Mejor vamos todos ¿no? Cámara, y que nos asomamos con los huevos en la gar-

ganta y que vamos viendo un pinche gallo en el patio.

—Chales, ¿este animal emplumado será el dueño?

—Pues chance. Será cuestión de preguntarle, ¿no?

—Pues qué esperas, de una vez llégale, si no capaz que se encabrona y nos la hace gacha.

Y en ese momento que canta el gallo: kikiriki. Uta, me cai que nos asustamos.

—Ya ves, güey, por no ir pronto ya nos mentó la madre.

Desde ese momento le pusimos la casa del gallero y adoptamos al emplumado. Era nuestro refugio y después de nuestros atracos le llegábamos a coto-rearle: unos a flexiar, otros a parchar, otros a tragar y otros más a roncar.

Al principio cuando eras virgencito en los atracos, pues siempre la anda uno gateando, pero luego se te hace callo. Me acuerdo que la primera vez que yo me descolgué por un pollo rostizado, me quemé todas las pinches y rependejas manos con la grasa, porque estaba recién salidito de la varilla y ya sabrás. Iba corriendo a cien por hora y no hallaba dónde soltar el pollo. Por eso a la segunda me puse buzo capèruzo y me quité lo almeja. Llevaba mi suéter amarrado en la cintura y n'hom-bre, me salió la cosa de maravilla. Parecía vieja apestosa yendo de compras al supermercado, que agarro mi pollo y que me lo acomodo en el suéter y también le eché una bolsa de me muerdes

y otra de papitas y nuevamente a volar. Claro que se te empuerca la ropa bien culeramente, pero si quieres tragar bien en algo tienes que sacrificarte.

Cuando llegabamos a la casa del gallero, lo que sea de cada quien que lo rejunte, estaba arreglada bien chida y coqueta, pero luego con nuestros azotes todos los fines de semana, la casa quedó patas arriba. Entonces, te digo, desde ahí empezaron las mamadas del Idiota. Como que él andaba chafeando por otros lares. Anduvo un buen rato pedlísimo, sin soltar el pomo y mentándole la madre a su carnal el Rubí. Y luego, cuando se le pasó la crisis hermanil, vino la bronca con la banda.

¿Cómo te diré? Bueno, lo cierto es que una banda no tiene jefe, así como decir yo soy gran jefe pedo de pescado y ustedes mis guerreros, pues como que no hay nada de eso, esos latidos no van con la banda. De que hay un cabecilla nadie lo niega, siempre alguien tiene que ser el más carita, otro el más chile para los guamazos, pero las transas que hace la banda son ideas de todos. Ha de ser la inspiración del mal la que nos aconseja.

Pero el pinche Idiota no agarraba la onda así y un día empezó a jalarse los pelos del fundillo. Estábamos en la casa del gallero, como siempre, a buen nivel y en buena onda, cuando este mono culero se levanta y nos empieza a mentar la madre y nos dijo que teníamos que dejar de flexiar y de chupar y ponernos a limpiar la casa. Y, chales, nos hizo barrer, traer agua, trapear y acomodar los muebles. Esa vez nadie se la hizo de tosferina y hasta nos pusimos a coto-rear mientras hacíamos limpieza. Todos pensamos que sus alucinaciones eran producto de un mal viaje.

Digamos, si el Idiota hubiera detenido su patineta a tiempo, todos seguiríamos siendo cuates, pero no la detuvo y siguió



La banda.

(Foto Fabrizio León)

con sus rollos de papel higiénico. Ya no quiso que atracáramos a nadie, quería que nos pusieramos a trabajar para tener lana. Cuando conseguimos un frasco de espray, nosotros queríamos pintar las bardas, con el nombre de nuestra banda: aquí estuvieron Los Coyotes Hambrientos, así como en las películas gringas, ¿no? Pero luego luego saltó el Idiota y nos soltaba su chorizote: que éramos unos pendejos, en lugar de pintar esas mamadas deberíamos pintar que teníamos hambre, que queríamos escuelas y deportivos o mentarles la madre a los policías.

Entonces un día me agarró de bajada (es que una noche antes fui a la casa del gallero y me chingué al gallito en un caldito porque ya me andaba de hambre) y que le digo: ya estuvo suave, basta de mamadas al chile. ¿Cuál es la transa de la banda? ¿Crees que andamos en el rol para ser niños buenos y serios y santos?

No me chingues, maestro, así que ¿me las pones o te las pongo? No, pues lo que quieras, me contestó. Pues te las pongo, le contesté yo también, pero te las pongo negras, güey, y éntrale jijo de tu pedorra madre. Andaba yo de machito, pero la verdad es que el Idiota me bailó de dos o tres zarpazos; ni pedo dijo Alfredo, y entonces se puso de sentimental y nos dijo que si no queríamos agarrar su patín, pues ni modo, que le llegáramos a cualquier otro cotorreo y yo que comienzo a trabajar a la banda y al chico rato todos mandamos al Idiota a la tiznada para que le pintaran la rayita de cubanito. Y es que todos necesitamos acción, pero buenas acciones, nada que tenga que ver con la seriedad y la decencia. Por eso es que Los Coyotes Hambrientos chafearon.

Eso de ser chavo banda y tener que trabajar, está jodido. Y era lo que el Idiota quería, en lugar de andar apañando cosas. Será que yo no nací para puto mayordomo.

Tampoco sé para qué chingaos me cargaron en el mundo, pero de una cosa sí estoy seguro: no nací para sirviente. Pues entonces todos, bueno, casi todos, le cantamos las golondrinas al Idiota y que se va con su nombrecito de la banda y con dos que tres lombricientos detrás de él: la Japonesa, la Mary, el Neto, el Chamoi, el Lalo, el Moco-Verde y el Tiliqui. Tú crees, apenas ocho culeros o diez cuando algún desafanado se junta con ellos. Eso no puede llamarse banda, y si es una banda, pues nos está despretigiando, porque ya hasta se comportan como niños buenos. Fíjate nadamás, algunos gandallas están estudiando y también se fletan a trabajar un rato, dizque para sacar unas monedas a buena ley para el cotorreo. Pero son ojetes, a'i andan de muy cuates y muy novieciticos. Verás que al chico rato se les va a poner el panorama negrísimo, me caí que sí, si no acuerdate de mí.



La banda.

(Foto Jesús Carlos).